
ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE

ENRIQUE MENÉNDEZ Y PELAYO.

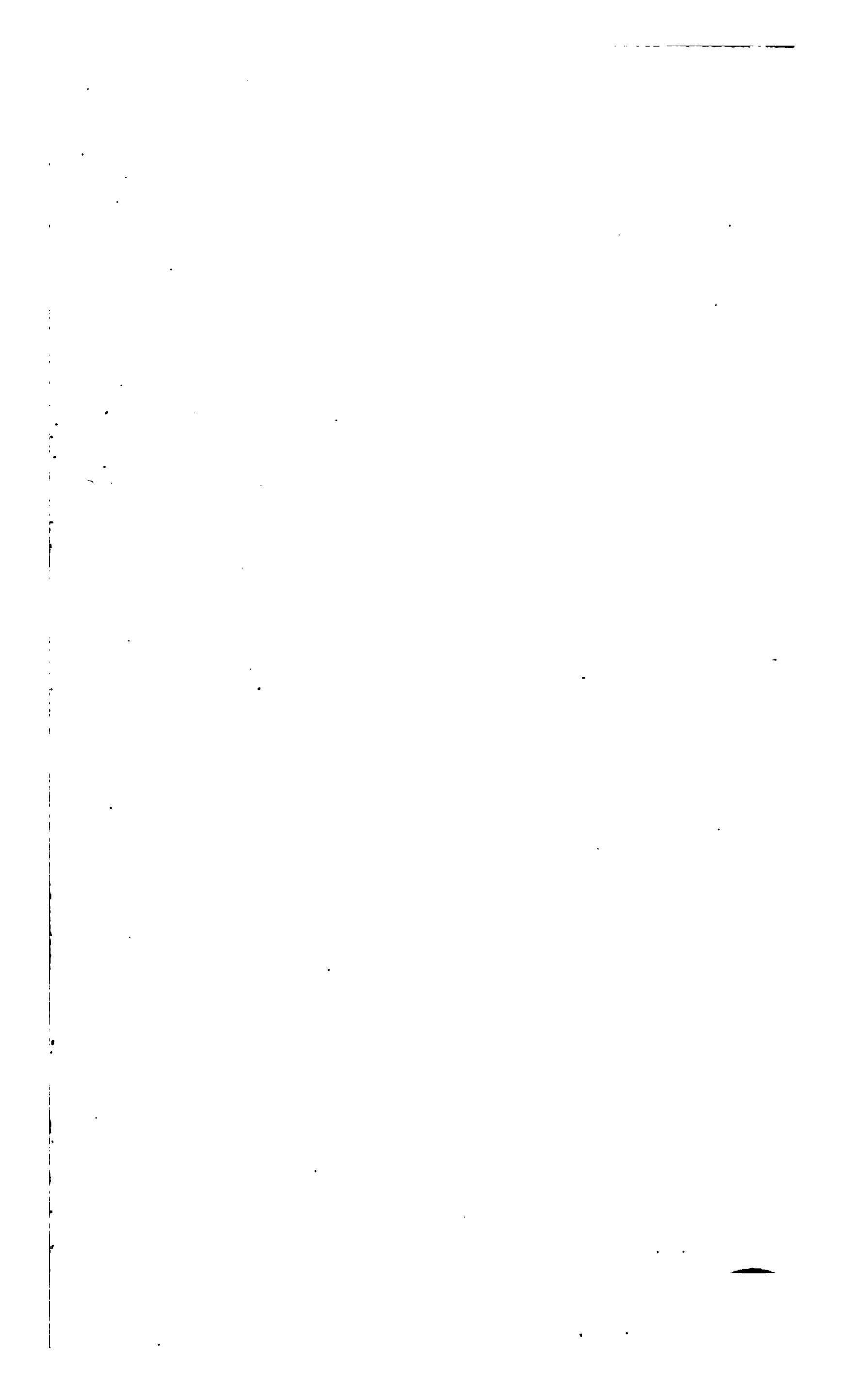
POESÍAS.

SANTANDER.

IMP. Y LIT. DE «EL ATLÁNTICO»

Plaza de la Libertad, 1.

1886.



ENRIQUE MENÉNDEZ Y PELAYO.

POESÍAS.

SANTANDER.

IMP. Y LIT. DE «EL ATLÁNTICO.»

Plaza de la Libertad, 1.

1886.

AL SEÑOR

D. TOMÁS C. DE AGÜERO Y GÓNGORA,

en prueba de entrañable afecto y profundo respeto,

El Autor.



ORACIÓN DE LA MAÑANA.

(PARA EL DEVOCIONARIO DE....)

I.

Pues que á la luz de nuevo abres mis ojcs,
postrada aquí de hinojos,
gracias te doy, Señor, por tu merced.
No dejes que en las horas de este día
náufraga el alma mía
caiga del mal en la tendida red.

Á la penosa marcha interrumpida
de nuevo apercibida,
alzo en mis hombros la pesada cruz;

haz que á llevarla de tu amor aprenda,
y en la difícil senda
piadoso vierte tu serena luz.

Dáme fuerzas, oh Tú que puedes todo,
y encuentre el alma modo
de llevarla hasta el fin con igual fé;
de seguir, alumbrada por tus rayos,
sin dudas ni desmayos
la roja huella de tu herido pié.

Ya sé que es tu indigencia la riqueza:
ya sé que tu pobreza
es el emblema del supremo bien:
ya sé que es tu corona punzadora
mejor que las que dora
pobre mortal para la régia sien.

Tu senda por seguir, Dios soberano,
á la invisible mano
del ángel de mi guarda me asiré,
y cuanto piense y haga en este día,
mi duelo y mi alegría,
á tu divino amor lo ofreceré.

.....Perdón, Señor, si en mi rezar turbado,
apenas pronunciado,

un nombre en mi plegaria oyes sonar.....
¡*Protégele*!...En el viaje de la vida,
del viento combatida,
su nave corre en más difícil mar.

Guarda en *él* indeleble mi memoria:
ese amor es mi historia,
señor es de mi alma, y dueño y rey.....
Mas no culpes mi loco desvarío:
¡está mi amor, Dios mío,
ajustado á la letra de tu ley!

Guía mis pasos, pues, dulce y clemente,
hasta que el sol su frente
mudo sepulte en el dormido mar,
y vuelva fiel ante tu santo leño
á demandarte el sueño
que me dé fuerzas nuevas para andar.



MEMORIAS DE VERANO.

(Á UNA MONTAÑESA.)

En Mayo.

De las cerradas nieves
que tu montaña envuelven
la sólida barrera
desvanecida al fin,
señal de alegres días,
al par, oh niña, vuelven
tu planta á mi ribera,
las rosas al jardín.

Al fuego de esos ojos
con que las almas doras,
el afligido pecho
trégua á sus ánsias dá,
y manso y apacible
el río de mis horas
las piedras de su lecho
apenas siente ya.

¡Llegad, noches serenas
del amoroso estío,
de plácidos rumores
y misterioso son,
donde alma y flores, juntos
en seductor desvío,
de incógnitos amores
gustemos la ilusión!..

Mas.....¡cómo huirte luego,
Otoño despiadado,
cuando entre secas flores
te lleves esta flor,
y al soplo de tu aliento,
del sol mal fecundado,
su fruto de dolores
dé al fin la de mi amor!

En las regatas.

Como esa altiva vela que impaciente
tu vista sigue, en el azul perdida,
así sobre las ondas de la vida
deslízase tu barca blandamente.

Luz en el cielo, paz en el ambiente,
verdes las costas y la mar dormida,
tormenta no hay que tus cuidados pida,
ni escollo habrá que detenerla intente.

Temer no puedes enemigo trance,
que es el soplo del ángel el que llega
tu nave á conducir con suave avance.

¿Qué mucho, pues, que, si en tu mar navega,
jamás mi pobre barca te dé alcance,
falta del viento que en tus velas juega?

En los toros.

El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
cuando de pronto resuena
vivo rumor, y serena
entra en su palco una hermosa.

Vuélvense todos ufanos:
su trono ocupa la bella,
y alegres y cortesanos
agítanse enfrente de ella
ojos, sombreros y manos.

Y hablaban ya los tambores,
y, ya en plaza la cuadrilla,
aun contaban los rumores
donaires de una mantilla
y de un arreo primores.

¡Gentil y hermosa venía!
De su altiva paz alarde
la dulce boca reía
y los ojos le encendía
el vivo sol de la tarde.

En vano, en hebras partido
que el aire riza, su pelo,
sobre la frente caído,
juega á tapar atrevido
aquellos ojos de cielo.

Para que á la vista salte
que en la Montaña es nacida,
dó nieve y flor han cabida,
las flores con vivo esmalte
al blanco traje dan vida.

Y aun dó la moda las veda,
como en la flotante falda,
pintadas sobre la seda
en abundante guirnalda
el tegido las remeda.

¡Hermosa y gentil estaba!..
¡Tarde dulce y angustiosa!
todo tu sol lo alumbraba
mas ¡ay! que en sombra dejaba
un alma triste y llorosa.

De la hirviente gritería
un mar los ecos remedan,
mas, solo atento á la mía,

para la agena agonía
vista ni espacio me quedan.

Crece el rumor y el estruendo,
fuerza su interés la escena,
y así la tarde vá huyendo,
mis ojos tu sol siguiendo
y los tuyos en la arena....

Cuando la fiesta acababa
y sonriente tu lábio
mi saludo contestaba,
¡oh, qué vergüenza me daba
el no ser ni *mono sábio*!

En el baile.

Pues en su pecho insondable
lugar sus manos te dieron,
del corazón que le agita
cuéntame, oh flor, los misterios.

Cuéntame de él lo que sepas,
pues en ocasión te has puesto
de dar luz á quien camina
tan desorientado y ciego.

Díme si al amante arrullo
de enamorado concepto
sentiste de tus hojuelas
el dulce vaivén suspenso:

ó si al al sentir de otra mano
en *su* blanca mano el fuego
bajo tus pétalos suaves
latir sentiste tu lecho...

Sin voluntad de tu dueña,
cogida á traición del suelo,
donde, al girar de la danza,
te dejó caer sin verlo,

quizá enseñada aun no vienes
al disimulo y misterio
que con doble llave guardan
su ignorado pensamiento.

Mas calla, si así lo quieren:
cuéntesme ó no tu secreto,
como tesoro de avaro
he de guardarte aquí dentro.

Y siempre de la hermosura
que albergue te dió en su seno
en tus pálidos colores
veré brillar el recuerdo:

pues si hablas, ¿quién como tú
hablar sabrá de aquel pecho?
si callas....¡nunca á mi queja
respuesta mejor le dieron!

En la feria.

Si cada cuál, segun refrán añejo,
contarla suele cual le fuere en ella,
yo que, aunque no la ví, la ví contigo,
¿qué diré de la feria?

En los fuegos.

En las hondas tinieblas recogido
va tu mar tan callado
que de él no se supiera ni su ruido
á no tener sabido
tan de memoria su horizonte amado.

Y van en vano tus pupilas bellas
buscando sus cristales:
noche es de estío, mas, celosas de ellas,
no salen las estrellas
sabiendo acaso que á buscarlas sales.

Mas ve cual surge resplandor brillante:
el aire iluminando,
rápido asciende, piérdese un instante,
y en la nube distante
en lluvia de oro rómpese tronando.

Y surgen otros cien; y tan seguidos
rasgando van el viento,
que, en un solo fragor ya confundidos
sus múltiples ruidos,
de la tormenta fingen el acento.

Despiértase á sus ecos el gigante,
de pasmo y terror lleno,
y, al revolver su mole palpitante,
la luz en tal instante
traidora baja á iluminar su seno.

Al manso viento apenas desrizadas
brillan las ondas bellas
del cambiante fulgor iluminadas,
y luces y miradas
vuelven á resbalar por cima de ellas.

. . . .

En reposo mortal enagenada
un alma así doliente,
como ese mar que la arrulló cansada,
al sol de tu mirada
brilla y despierta, y revivir se siente.



EL ROSARIO.

La oscura tarde acaba, y en la torre
de la iglesia vecina,
llamando melancólica al Rosario,
la santa voz de la campana vibra.

¡Cuán cierto al alma su sonido llega,
y cómo á su caricia
desentumece las plegadas alas
la yerta fantasía!

Tal vez al dulce son de esa campana
también se eleva, fervorosa y viva,
bajo aquel techo amigo
la mística plegaria de María;

Tal vez, de hinojos ante aquella imágen
de extrañas tierras á tu hogar venida,
con armoniosa voz, sol de mis valles,
la santa oración guías.

Así, delante tú, yo la he rezado;
y el alma agradecida
con más afán acaso te pagaba
el puesto que en tal hora le ofrecías

que al aceptar en la mundana fiesta
el pobre don de mi palabra amiga,
ó de mis brazos el leal apoyo
en la danza festiva.

Quien así te miró, y oyó tu rezo,
¡cómo olvidar haría
al oido tu voz, tu rostro de ángel
á la ofuscada vista!

Por algo, al demandar al cielo un nombre,
nombre te dió la advocación dulcísima:
¡cómo suena en tu boca
ese canto de amor que el ángel dicta!

¡Cuánta dulzura en los serenos ojos!
¡Cómo tu frase vibra

al deshojar entre los frescos labios,
rica en aromas, la guirnalda mística!

Así, delante tú, yo la he rezado;
y Dios haya olvidado, por mi dicha,
si en hora tal al cielo
tras de tu voz el alma no subía.

Nunca fervor más hondo
la tuya iluminó, ni fé más viva,
pero algo como el eco de una pena
en tu oración gemía;

y, sin curarse de indiscretos ojos,
tal vez mostró tu frente pensativa
lo que quizás en silenciosas horas
te ocultas á tí misma....

¿Pedías por un alma enamorada
cuyo bien es tu dicha,
ó paz para tí propia demandabas
á los piés de la Vírgen sin mancilla?

Yo no sé: mas, tenaz en recordarte,
no ya mi pensamiento te imagina
reina feliz en la brillante fiesta,
entre flores y risas,

sino del noble hogar en el misterio,
á la luz de la estrella vespertina,
rezando ante la imagen
de extrañas tierras á tu hogar venida.



Á UN POETA MONTAÑÉS.

Nada oculta á tu ráudo pensamiento
la noble tierra, de misterios llena:
sabes porqué la flor se alegra ó pena
y porqué tiembla el chopo corpulento.

Toda marina voz halla en tí acento,
y en tus hermosas rimas vive y suena,
desmayo de olas en tranquila arena
ó rugir de hondo mar y bravo viento.

La dulce patria que tu canto inspira
digna memoria halló, gloria colmada
en las áureas canciones de tu lira;

que al verla de tu pluma celebrada
su golfo con desdén Nápoles mira
y desprecia sus cármenes Granada.



SOLEDAD.

¡Esta es tristeza, y soledad, y llanto!
mirar el alma muerta, y entretanto
ver á su lado palpitar la vida!
¡Estar solo entre tantos que están juntos!
¡Ser la gota de aceite
en el vaso vertida,
que, sin poder jamás llegar á lo hondo,
en dulcísima unión de penetrarse
y amorosos besarse
los átomos del agua, allá en el fondo!



ANIVERSARIO.

Á ...,

EN EL DEL FALLECIMIENTO DE SU HERMANA,

OCURRIDO AL AÑO DE CASADA.

Naitre avec le printemps, mourir avec les roses

Lamartine.

Ya dos veces que el viento del Otoño
secó las flores que vistiera Abril,
y de la flor aquella todavía
vive el aroma en tí.

Dos veces ya que en impaciente anhelo
mi amor intenta consolar tu mal
y que ante el miedo de agravar la herida
tornó su voz á ahogar.

Mas el pesar, por dicha, no es eterno:
ni el curarse primero del dolor
señal es siempre de venal tibieza,
sino de alma mejor.

Pasa rugiendo la primer borrasca,
y lo que estrago y avalancha fué,
manso arroyo se torna, cuya margen
aun puede florecer.

Y es dulce, al cabo, al corazón piadoso
en horas de misterio y soledad
la memoria evocar del alma buena
que el vuelo tendió ya.

Y buscarla en la estrella de la tarde,
y al ver temblar la estrella en el azul
el saludo pagarle misterioso
que nos manda en su luz.....

Por eso ya mi voz no teme alzarse:
mansa brisa, por tu alma pasará

cual pasa sobre flor que empieza á abrirse
el aura matinal.

. . . .

Mientras, deshecha en llanto, tú rezabas
del lecho aquel arrodillada al pié,
en este hogar, y en torno de otro lecho,
reían de placer.

Dejaba *ella* la vida, yo tornaba:
mas en mis largas noches de pesar
el suyo medir pude por el mío
y su angustia alcanzar.

El sol de Otoño que alumbró su ocaso
fué para mí de la alborada el sol:
sus ojos no tornaron á mirarle....
y es que ella era mejor!

La suerte padeció del escogido:
del santo amor soñar con el edén,
luchar sin tregua por hallar la fuente
donde apagar su sed,

y al acercar al vaso el fresco labio,
juzgando cierto su incesante afán,

ver cuál se quiebra el vaso, y se derrama
el néctar celestial....

. . . .

Cuando muere lo hermoso, lo que brilla
en la tierra ó el cielo, ella cayó:
era flor, era luz, era perfume,
y con ellos murió.

Mas, como vuelven rosas y arden soles
cielo y tierra de nuevo á iluminar,
también ella otra vez luces y aromas
á daros volverá.

Si no la vemos hoy, no es que se oculte:
inmóvil brilla en el sereno azul:
somos nosotros los que andando vamos
en busca de su luz;

como al tender la noche misteriosa
sobre el cansado mundo su crespón,
no es el sol quien se oculta, que es la tierra
quien gira en torno al sol.



NOCHE DE ENERO.

(Á G....)

Sin nubes, sin misterios, sin rumores,
llena de blanca luz, muerta de frío,
por el monte, cañada y valle umbrío
tiende la eterna noche sus fulgores.

No da el bosque á los cándidos amores,
desnudo y yerto, halagador desvío,
ni, en blanca cárcel atajado, el río
el sueño arrulla á las cerradas flores.

Tal, agena al placer y los enojos,
sin sueños que hagan volador el día
ni penas que la noche hagan contienda,

sin lágrimas la voz, sin voz los ojos,
como noche de Enero, hermosa y fría,
con indolente pié cruzas tu senda.



LA PALMERA.

Dando sus hojas afuera
porque la admire el que pasa,
y de su dueña hechicera
ver puedan algo siquiera
los que te rondan la casa,

alegrando aquella calma,
se alza en tu jardín sombrío
una solitaria palma
en que del cariño mío
mira la imágen el alma.

Gala y paz de otra ribera,
ó en el tostado desierto

dulce sombra placentera,
¿qué viene á hacer tu palmera
á mi Montaña y tu huerto?

Si no hay abrasada senda
donde el árbol á quien amas
alce al viajero ancha tienda,
ni sol de que nos defienda
bajo el techo de sus ramas,

¿qué busca ese sér, nacido
entre luces y alegrías,
en nuestro suelo querido,
de eternas melancolías
y niebla eterna vestido?...

Ay! que al saber de otro cielo,
amor de tierras extrañas,
de verle sintió el anhelo,
y hallóle al fin tras el velo
de tus tegidas pestañas.

Quizás una golondrina
de las que cuelgan su nido
en esa torre vecina
cuyo muro ennegrecido
tu ancho palacio domina,

hüido el dulce contento
que el estío le asegura,
al emigrar en el viento
llevó hasta la palma el cuento
de tu infantil hermosura,

¿Cuál otro amor impaciente,
sino amor del cielo al fin,
hiciera á la palma ardiente
desdeñar luces de Oriente
por sombras de tu jardín?

. . . .

Así de mundos mejores,
asilo de eterna calma
y más vivos resplandores,
al jardín de tus amores
llegó medrosa mi alma.

Ya. de encontrar impaciente
objeto y fin á su anhelo,
triste vivía y doliente,
cuando en tus ojos de cielo
le vió palpitar ardiente.

Y alma y vida mal seguras

quedaron en ellos presas
por ver, tras sus luces puras,
si eran en tu alma venturas
lo que en los ojos promesas.

No mate, pues, si está en flor,
esta mi pobre esperanza
el áura de tu rigor,
que los delitos de amor
perdón, piden no venganza.

Y pues más razon me asiste
que á la solitaria palma
que en tu jardín crecer viste,
si vida á un árbol le diste
¿porqué negársela á un alma?



CARTA

Á FERNANDO P. DEL CAMINO,

AUTOR DEL CUADRO *¡Jesús y adentro!* REGALADO AL EMINENTE NOVELISTA SR. PEREDA.

Nada vale mi fallo,
mas yo te juro, artista, que en tu obra
no hace falta decir que *aquel es gallo.*
(*De otra Carta inédita.*)

¡Todo, todo está allí!
Del mónstruo airado
la horrible convulsión: la densa niebla
tenaz borrando el horizonte ansiado,
que ya solo se advierte
por esa línea de hervorosa espuma

en que el miedo adivina, tras la bruma,
los confines del reino de la muerte....

La formidable garra sacudiendo,
en combate tremendo
mar y viento se embisten:presa entre ambos
la débil nave, en impotente anhelo,
como imponiendo paz, sube y desciende;
una ola la tiende,
álzala otra á la región del cielo,
y al horroroso empuje
de la racha violenta
la alta vela revienta
y el astillado palo cede y cruje.

Ante el fiero destrozo
ya extraviados los ojos y la mente,
á la postrer bogada en rudo esfuerzo
dispónese la gente,
y, emblema del vigor de aquella raza,
de pié en el banco el generoso mozo
el remo abandonado altivo abraza.

La gente se confía
á su indomable brazo y su destreza.
¡Con qué heróica grandeza
su actitud al gigante desafía!

¡Cuál se siente crecer, sereno y fuerte!
Ya no sabe del mundo: ya está solo,
solo con su valor y con la muerte:
en humillante calma
ceden ya sus cuidados
ante la voz sublime de los mares....
¡no es verdad que levanten en el alma
mayor tormenta que esta los pesares!

. . . .

¡Todo como en el libro prodigioso!
Y es que del génio la región hermosa
es una nada más.
Juntos subísteis:
mas ¡qué ascensión penosa!
Yo te ví cuando el cuadro concebías
y adiviné la lucha que se entabla,
mientras la obra del génio, en vuestra mente.
¡Qué de noches sin sueño! ¡qué de dias
pasados sin memoria entre la gente,
sin ver quién pasa, ni escuchar al que habla!

Y ¿quién os paga luego
ese dolor pasado,
esa porción de vida que gastaste,
que no se mide, no, como en nosotros,

por la suma de dias que tardaste
en dar vida á ese lienzo inanimado?
...Tú lo sabes cual yo. Pasa la gente,
vé tu obra, se pára,
elogia el marco, y sigue indiferente
sin llevar en su mente
ni un rayo más de luz.
Mas ¿qué te importa?
Mira en tu derredor. Al fin del grupo,
cediendo respetuoso
su lugar á la dama *coruscante*
ó al infeliz *gomoso*,
inmóvil mira el cuadro un mareante,
y con gesto asombrado
en su conciso estilo y frase ruda
—¡Ese lo ha visto!—esclama entusiasmado.

Repara bien su faz: indiferente
á cuantas nuevas galas y primores,
más propios á excitar su fantasía,
la industria cada día
en prolijas labores
cuelga á su paso en puertas y vidrieras,
como nave sin viento,
en vaivén indolente
la calle vá surcando: hasta que atento
ante el cuadro se para.

Por su frente,
bañándola de nuevo en sudor frío,
vuelve á pasar sombrío
todo el sublime horror de aquella escena
con que aun sueña en las noches del invierno
cuando la voz de las tormentas suena.
Vé la ola venir; romperse airado
su seno horrible; y el negrear del cielo,
y el infierno que avanza despeñado,
y aquel hondo *jirvor* que le ensordece,
y el desamparo aquel no imaginado,
y el callar de la voz y del gemido
cuando, en el mudo horror que le enloquece,
ya al triste le parece
que Dios no le vá á oir con aquel ruido.

Repara bien su faz, que ella es tu gloria.
De aquel héroe ignorado
en la ruda memoria,
como ilustrando el texto de su historia,
el cuadro que le muestras vá grabado.

Esa, artista, es tu gloria! Ese lo ha visto:
que ese te diga si en tu honrosa empresa
cumpliste como bueno:
que ese te diga si la luz es esa
con que,de asombro lleno,

de la muerte al amago
contempla el pescador aquel estrago.
Y ¿quién no le vé igual?
Y ¿quién no siente
latir de orgullo el corazón ardiente
al ver de su Montaña la alta gloria?
De su aumento afanoso,
nuevo *camino* la depara el cielo
por donde en ráudo vuelo
al templo suba de la vieja Historia.

Oh! ¿quién que no lo sea, suelo amado,
hijo ser de esta madre no ha anhelado
que, de gozo y tristeza extraño emblema,
mientras ciñe de nieves su diadema
con flores teje su perenne alfombra:
hermosa siempre, en la nocturna sombra
y al sol de la mañana,
y á cuyos piés, envuelto en mansas brumas,
como esclavo á los piés de la sultana
el mar le tiende su cojín de espumas?

El mar, Pereda y tú....¿qué mas blasones?
¡El mar, tres veces nuestro,
en sulecho, en el lienzo y en el libro:
gérmen siempre de amores y canciones,
hermoso siempre en su inmortal grandeza;

ya despertando con su voz bravía
de nuestra sangre la indomable alteza,
ya en dulcísima calma
y, al beso de la luz abierto el seno,
apacible y sereno
en piélagos de amor meciendo el alma.



ORACIÓN DEL POBRE.

(DE LAMARTINE.)

Oh Tú que inclinas el piadoso oido
del pajarillo á la ignorada queja,
y, cuando clama por la gota de agua,
al tallo de la hierba;

Providencia que dulce los confortas,
Tú que sabes cuál mano es la que presta
el óbolo secreto con que el pobre
á su dolor dá tregua;

Tú que en tu mano repartidas tienes
la desnudez y la abundancia expléndida,
porque la caridad y la justicia
de su mezcla procedan:

de conocer á las piadosas almas
encárgate Tú sola, y recompensa
con el sábio tesoro de tus dones
su bendita largueza.

Nuestra alma, que por ellas te suplica,
no sabe quiénes son, oh Providencia,
pues siempre ignora su siniestra mano
lo que hace la derecha.



ROMANCE.

¡Bien venida á mis riberas
niña de los negros ojos,
doble sol que ahora amanece
en el cielo de tu rostro!

Alba alegre, luz que asomas
á alumbrar íntimos gozos:
no te pagues de tristezas
que sientas flotar en torno.

Aire triste y cielo oscuro
te brinda mi pátria solo;
mas tiene tu fresco espíritu
aire suyo y cielo propio,

y no há menester, oh niña,
tu pensamiento dichoso
ir demandando alegrías
á donde al fin muda todo.

Con no escuchar sus gemidos
te libras del viento ronco;
con no mirar á esas nubes
ya no ves su ceño torvo.

Y tú, en cambio, que te precias
de saber querer tan hondo,
y con un afecto sueñas
que llene la vida él solo,

sabe ¡oh flor de otros jardines!
que quizá más que en los otros
crecen en este las flores
que no marchita el otoño;

que flotando entre esas nieblas
que se agarran á los troncos,
y firmes como esas rocas
donde el mar se estrella sordo,

viven almas que no olvidan,
espíritus generosos

que al darse tan por entero
se dan sin precio ni cobro.

. . . .

No por oscuros los huyas,
alma alegre, sol hermoso:
ellos como nadie saben
amar mucho y amar todo.

Juntos van siempre en la vida
luz y sombra, pena y gozo...
¿no tienes tú *blanca* el alma,
niña de los *negros* ojos?



ELOGIO DE LOS LIBROS

DE

JUAN GARCÍA.

Del Manzanares al Darro.

Viendo al dolor que á señalar empieza
en tu vida las horas de tormento,
huyes tu hogar, por *esparcir al viento*
de las grandes memorias tu tristeza.

Y el noble suelo de eternal grandeza,
amor del sol, del arte monumento,
ante tu solitario pensamiento
cielos estiende de inmortal belleza,

Del alma superior digna mudanza,
no el estéril silencio te sugiere
ese infortunio que á tu vida alcanza;

y en cambio del pesar que á tí te hiere
dulce deleite das y alta enseñanza
con que el suyo quien lea distrajere.

Del Ebro al Tíber.

Jornada de recuerdos donde sumes
los que guarda la pátria, duelo ó gloria,
y de sus fuertes hijos la memoria
con fraternal amor piadoso exhumes

Porque con ella al tornadizo abrumes
voces te pide la olvidada historia,
y sus himnos de muerte ó de victoria
en inspiradas cláusulas resumes.

Del encantado génio mahometano
vagos fantasmas que en el aire giran
surgen á tu conjuro sobrehumano;

hablan las piedras ó en dolor suspiran,
que á la luz de tu ingenio soberano
tú eres de los que ven siempre que miran.

Costas y Montañas.

Nuevo y más hondo amor le tributaron
por tí sus hijos al paterno suelo,
y ciegos le aman con creciente anhelo
los que nunca á su sombra reposaron.

¡Cuántos ojos, que en vano se elevaron
buscando en cielo extraño el patrio cielo,
de su perdida luz y su consuelo
un rayo en estas páginas hallaron!

Con blando afán al ánimo anhelante
traes de la dulce pátria las ternezas,
de sus campestres brisas el murmullo;

y el mar, tu eterno amor, te da constante
su ronca voz para plañir tristezas,
en las horas de luz su blando arrullo.

En la Playa.

Allí quedan en página brillante
de tu vivir las horas placenteras;
de la dulce beldad de tus riberas
el alma triste y el querer constante;

el femenil poder, mudo gigante;
de la oscura pasión leyes severas
que á matar ó á morir llevan arteras
cuando la vida rie más amante.

Y hay en tu libro amor de áuras marinas,
difusa luz con que los cielos dora
el moribundo sol en el estío,

y corre por sus hojas peregrinas
la mansa brisa que á la tarde llora
entre las ramas del pinar sombrío.

Ave, Maris Stella.

¡Rey de tus libros! ¿quién habrá que escriba
con digna pluma elogio acomodado?
El vivirá con luz y honor no usado
cuanto la lengua de Granada viva.

¡Allí el poder de nuestra sangre altiva
que el brazo anima al cazador honrado,
el corazón en el gentil soldado
y en el fraile la frente pensativa!...

Ya el que marchito y sin destino vieras,
laurel altivo, con vivir potente
de nuevo ves crecer en tus laderas:

más noble empleo á su verdor presiente
y hastiado de adornar sienes guerreras
hoy su ramo mejor ciñe á tu frente.



A UNA SEÑORA,

REMITIÉNDOLE UNAS POESÍAS.

Jamás, señora, he sentido
como este día lo siento
que al darme los cielos vida
me hayan negado el ingenio.

La razón está bien clara;
pues convicto yo y confeso
de lo oscuro de mi númen
y lo pobre de mis versos,

no hallo, con todo, manera
de rechazar el obsequio
con que, al pedirlos, les honra
dama de tan altos méritos,

Allá van, pues, temerosos
de mirarse sobre el pliego
desnudos de toda ropa,
vestidos de todo miedo.

Versos de jóven parecen
y no son sino de viejo:
juguetes con que á retazos
mis pesares entretengo;

máscara con que á sabiendas
disfrazo mi pensamiento,
temeroso de que miren
las gentes cómo es por dentro.

Por eso va en esas coplas
desaliñado y mal puesto,
tan descuidado en la forma
como pobre en los conceptos:

mísero convaleciente
que solo sale á paseo
para respirar otro aire
y no por lucir el cuerpo.

Sería costumbre antaño
que á los años que yo tengo

solo en el alma vivieran
del gozo los dulces ecos;

pero merced á mudanzas
que los tiempos nos trajeron,
y efecto, sin duda alguna,
de lo mucho que hoy sabemos,

nos encontramos los hombres,
aun antes casi de serlo,
para la experiencia, niños,
para los dolores, viejos.

Son los ancianos siquiera
si, como todos, enfermos
enfermos que ven á mano
de sus males el remedio;

mas, no pudiendo nosotros
adelantarnos al tiempo,
he aquí que el mal nos sorprende
y curarle no sabemos...

¡Quién fuera cual vos, señora,
á quién de mal libre el cielo
que podeis curaros penas
del Arte con los consuelos,

únicos que en algo alivian
el humano sufrimiento,
sin duda por ser el Arte
lo que más acerca al cielo!

De vuestra voz al arrullo,
del canto á los dulces ecos,
como al sol de la mañana
huyen los vanos ensueños,

de vuestro hogar y vuestra alma
huirán pesares y duelos,
polvo que al pisar el mundo
van nuestros piés produciendo....

. . . .

Tened los versos, señora,
ya que deseais tenerlos,
y que teneis la bondad
á prueba de malos versos.

De ejercitarla os dan hora
los que van en ese pliego
desnudos de toda ropa
vestidos de todo miedo.



A UNA NIÑA,

EN SU COMUNIÓN PRIMERA.

No te vi comulgar; mas te imagino
como el ángel divino
que de la noche en la callada paz,
cuando se ahoga en lágrimas el pecho,
junto al odiado lecho
muestra piadoso su serena faz.

No es ficción del poeta: así te vieron
cuantos te dirigieron
por la senda del bien en ese hogar:
díles si cuando anoche te dormiste
en el beso que diste
no oyeron el del ángel palpitar.

Temblando llegas con piadoso anhelo
á ese festín del cielo
hondo misterio del divino amor;
alto banquete donde un Dios se inmola
y en una copa sola
beben juntos el siervo y el señor.

Por la primera vez, niña querida,
al santo pan de vida
haces lugar en tu adorable sér,
y tu inocente y claro pensamiento
el sublime portento
aun no alcanza quizás á comprender.

Nunca en tu alma, á quien el cielo escuda
fiera batalla ruda
afectos y deberes librarán:
conozco el yunque donde la han forjado
y sé que se ha formado
para el deber con incansable afán.

Esclava de su ley que nos redime,
la argolla que no oprime
ceñida llevarás al blanco pié,
y el cuadro vil de la maldad triunfante
no logrará un instante
matar la luz de tu caliente fé.

Ni ha de mancharte el alma ni los labios
la ciencia de esos sabios
que en ley suprema erigen la razón,
y á la razón aherrojan y difaman
y en su locura llaman
problema á la soberbia rebelión.

No habrá problemas en tu santa vida.
Mas del dolor la herida
¿quién se excusó jamás de recibir?
Ni ¿qué precio ó qué mérito tuviera
si sólo calma fuera,
y no eterno luchar, nuestro vivir?

La eficacia del místico consuelo
que hoy te ha otorgado el cielo
has de llegar entonces á entender:
cuando, como el ladrón en despoblado,
en la senda apostado
salga el pesar tu planta á detener.

Verás entonces que el auxilio humano
es impotente y vano
cuando sopla de recio el huracán;
que sólo tras la valla, ángel amado,
á que hoy te has acercado
la luz, la calma y el remedio están;

que otro antídoto no hay, ni le halla el bueno,
de la vida al veneno
que el que te sirve Cristo en el altar:
si del alma no sabe, enferma ó sana,
¿cómo la ciencia humana
podrá males del alma remediar?

...No temas al dolor. Y si su herida
llega á nublar tu vida
no te abandones al sopor mortal:
¿quién más feliz que tú que, en paz ó en guerra,
en el cielo y la tierra
protegida te encuentras por igual?

Alto designio de quien quiso y pudo
cortó con golpe rudo
vida de que la tuya se formó;
mas, porque en *ella* y en el cielo esperes,
en todos esos séres
encarnado su espíritu dejó.

Cuando, de tanto pláceme cansada,
vayas hoy en la almohada
tu rizada cabeza á reclinar
sentirás otro beso todavía:
¡es tu madre, María,
que te vió esta mañana comulgar!



DEL PROGRESO.

Á todo vil rencor el pecho abierto,
á todo aliento de perdón cerrado,
es, en el rudo batallar trabado,
si dudosa la lid, el daño cierto.

¡Cuán dificil leer el libro muerto
si ha de ser de tal suerte comentado
que ni se admire sólo por pasado,
ni porque ya pasó se juzgue yerto!

Abre ancho surco la reciente idea
por donde, al bien mezclado, el daño pasa;
y es para algunos luz, para otros tea:

quien no sabe mirar, no vé, se abrasa;
y así del tiempo en la veloz marea
avanza el sabio y el indocto atrasa.



LLOVIENDO.

Ronco suena el horrísono concierto
del bravo viento y de la mar hirviente,
y al par hieren el ánimo doliente
cerrado el cielo y tu balcón desierto.

Con vano afán, entristecido y yerto,
tras el turbio cristal miro impaciente
por ver si alcanzo en el brumoso Oriente
del sol que ha de venir el rayo incierto.

Tu sombra al menos, si tu faz no espera,
busca mi vista, de la tuya avara,
del cerrado balcón tras la vidriera...

En él tu rostro, oh vírgen, asomara,
y así el sol á alumbrarnos no volviera
¿qué luz á mi camino le faltára?



EN EL CIRCO.

Cuando llega el *descanso*, y distraída
los ojos alzas de la rubia arena,
no en busca de otros ojos, luz y vida
de tu jornada plácida y serena,

sino al fondo del alma convertidos,
donde los llama indescifrable encanto,
¿qué es lo que ven, del mundo desasidos,
que así los pára y los cautiva tanto?

¿Son penas de un ausente que no escribe,
ó de más viejo amor recuerdo amado,
sombras que el tibio sol del que hoy te vive
á desgarrar del todo no ha acertado?

...Ello es que hay una imagen adorada
que viene á reposar sobre tu frente
cual brisa que en la flor inmaculada
las alas posa, si su aroma siente.

Ello es que de tus ojos los hechizos
cobran, al verla allí, nuevos fulgores,
y bajo el palio de oro de tus rizos
á recibirla salen tus amores.

. . . .

Como torpe escolar que en vano aspira
del viejo libro á penetrar la esencia,
en vano el alma, cuando así te mira,
camino busca de entender tu ciencia.

¿En quién piensas, oh vírgen?..¿Quién lo sabe?
Yo solo alcanzo, en mi tenaz empeño,
que no es mi amor quien hallará la llave
de tu honda distracción y extraño sueño.

Porque, en su vaga marcha importunada,
al tropezar tu vista con la mía,
no es, no, la tuya la feliz mirada
del que halla al fin lo que febril ansía.

Ni pinta el bien del que á la sed rendido
la fuente ve de móviles cristales
á que aplicar el labio aridecido
y hartarse de una vez en sus raudales:

sino el arroyo vil á quien no espera,
del polvo de las sendas enturbiado,
que, inútil á la sed y al pié barrera,
llorando corre y de sí mismo odiado.



SONETO.

Liberavit Dominus pauperem á potente.

Si pues Él del poder que más se encumbre
basta á salvaros, y á abatir la gloria
del que soberbio escribe su victoria
con el llanto de hambrienta muchedumbre,

¿á qué hacer que el incendio más alumbre
de su fama y orgullo la memoria?
¿á qué del negro templo de su historia
labrar con vuestras manos la techumbre?

Si al ócio os las condenan los tiranos,
en abrazar la Cruz úsense aquellas
á las que no manchó sangre de hermanos.

Seguid del fuerte las perennes huellas:
la Cruz hace invencibles nuestras manos,
y á un descuido el puñal se clava en ellas.



A UNA TRISTE.

Triste como sol de invierno,
pálida como esas hojas
que entre el polvo del camino
vas hollando perezosa,

¿quién te robó tus colores?
¿quién á tus ojos de gloria
trazó esos cercos oscuros
en que se envuelven ahora?

Melancolías de otoño
parecen que los asombran,
sin que halle razón el alma
para que en ellos se acojan.

¿Qué puede, niña, importarte
que se sequen esas hojas,
ni que el viento se las lleve,
ni que el río se las sorba,

ni que vayan y no tornen
entre las revueltas ondas,
ni que ingratos las olviden
los que gustaron su sombra?

¿A qué con ávidos ojos
siguiéndolas vas ahora
por los inciertos caminos
á que el aire las arroja?

¿En qué podrán semejarse,
aun siendo pálidas todas,
hojas que se van por siempre
y dichas que al cabo tornan?

O ¿piensas tú que ese viento
que tus flores de hoy agosta
ha de ser ráfaga eterna
que te las marchite todas?

¿Piensas que en el alma pura,
cuando una flor se deshoja,

en la rama que la tuvo
á nacer no vuelven otras?

Ese rosal hoy desnudo
ya mañana tendrá rosas,
no las mismas que tenía,
mas si él es uno ¿qué importa?

Bien haces, y obras cual buena,
en hacer el duelo, oh hermosa,
á ese sol de tu ventura
muerto en su primera aurora;

mas no dejes que pasando
los días, hagan tus horas
de la soledad costumbre
y de la tristeza norma.

Y curada de tu pena
—que todas se curan, todas,
por mucho que el alma cieguen,
por mucho que el llanto corra—

atiende siempre á que el viento
lleve sólo lo que torna:
como el árbol quede en pié
váyanse con Dios las hojas...

En almas como la tuya,
todas amor, cielo todas,
la fuente del sentimiento
es raudal que no se agota;

y, en los campos de la vida
al deslizarse amorosa,
por uno ú otro corriendo
en flor trueca cuanto moja.

Dá, pues, de mano á tus lágrimas...
¿qué tienes tú con las hojas
que entre el polvo del camino
vas hollando perezosa?



AL SONETO.

Dulce, rotundo, magestuoso y grave,
rico de discreción, si en frases breve,
todo el que siente y piensa se te atreve
y alguno por azar lograrte sabe.

Sublime idea tu argumento trabe
ó ardiente queja en tu volar se eleve,
sólo el noble sentir tu estrofa mueve,
sólo el alto pensar en ella cabe.

Ánsia de muchos, de muy pocos gloria,
por alcanzar tu idealidad serena
¡cuántas horas pasé de oscura historia!

Que en tu ingrata labor, de escollos llena,
á conseguir no acierto más victoria
que la de no cejar en la faena.



EN UN ÁLBUM.

Era á los postres. Se esperaba á un sabio,
que prometió acudir
y que al fin resultó ¡qué sabios esos!
que no llegó á venir.

De repente sonó la campanilla:
en confuso tropel
á recibirle entonces fueron todas
y ¡oh gozo! no era él.

Eras tú! Pero yo, que te veía
por la primera vez,
dudé si eras vision que en mí engendraba
el alegre Jerez.

¡Dios sabe si bendije, dulce amiga,
la tal sustitución!
esperaba á la ciencia, y la hermosura
su lugar ocupó:

!batalla eterna que en la lid del mundo
con incesante afán
los muertos libros y los vivos ojos
sostienen sin cesar!

¿Cuáles encierran la anhelada fuente
donde calmar la sed
que el hombre siente en sí cuando se asoma
de la vida al dintel?

Dicen algunos ¡nécios! que los libros
no engañaron jamás;
que es la mujer como la débil onda
del inconstante mar...

Y ¿á qué libro pedir la excelsa ciencia
que enseña á padecer,
á hacer del propio bien el sacrificio
por el ageno bien;

á regalar el alma sin que pida
recibo de aquel dón,

único y puro amor, siervo que besa
la mano que le hirió?

La callada virtud, la paz del alma,
la oculta caridad,
¿dónde aprenderlas sino en la *onda débil*
del inconstante mar?

Y si el libro eres tú, si los maestros
esos tus ojos son,
que, *porque fueran igual que él*, el cielo
de azul te los pintó,

¿cómo dudar en la batalla eterna
que en incesante afán
los muertos libros y los vivos ojos
sostienen sin cesar?



Á....,

QUE ME PEDÍA OPINIÓN SOBRE SU MANTILLA.

Blanca ó negra, ello es igual:
con cualquiera vás mejor,
que no es cuestión de color
el que te esté bien ó mal;

y, pués por tí irá llevada,
nna ú otra preferida,
no ha de haber en la corrida
mantilla más celebrada.

En la prenda está el donaire
y la cara es quien la alegra:
por lo demás, blanca ó negra,
lo mismo las besa el aire.

Mas, porque menos se atreven,
la negra es más de traer,

que tú no tienes que ver
con lo que las otras lleven;

y, junto al rostro nevado
tu blanca mantilla viendo,
te tacharían, creyendo
que no la habías lavado.

En blancuras, tú repara
en que nadie cual tú lleve
la cara como la nieve
y el alma como la cara.

Pero aún es de preferir
la negra por más galana:
la blanca es algo... *barbiana*,
y de esto debes huir.

Tu gracia no es voz que grita
sin venir jamás á qué,
ni sabes decir *olé*....
ni te hace falta maldita.

La luz que en tus ojos arde
es gracia y luz, pero es triste
como la sombra que viste
á tus montañas la tarde.

Además, que con la negra
gozará tu linda faz
de más ámplia libertad
si se entristece ó se alegra:

serás bajo ella más franca,
que no están bien admitidos
unos ojos distraídos
bajo una mantilla blanca...

Mas, blanca ó negra, es igual;
que ni está en ella el primor,
ni depende del color
el que te esté bien ó mal.

Tu hermosura es quien la alegra,
y, en siendo tuyo el donaire,
eso se le importa al aire
que la lleves blanca ó negra;

que pues por tí irá llevada
y el cielo en tus ojos arde,
no habrá en la Plaza esta tarde
mantilla más celebrada.



(DE LAS «FRUTAS».)

Castanea.

Motivo y fin de bulliciosa fiesta,
recógeme en el monte el campesino,
y en torno del hogar donde me quemo
nueva algazara mueve en mi suplicio.

Y aunque soy por plebeya despreciada
y á noble paladar jamás me brindo,
nombre he dado á un Baron, cuya familia
promete no haber fin en luengos siglos.

Citrus aurantium.

Soy manjar, soy adorno, soy remedio:
oro á los ojos, á la boca miel;
y ando el mundo partida por el medio
por completar mi sér.

Por hábil mano hendida en leves franjas.
en toda mesa mi corteza brilla:
—¿qué almorzarán en donde no hay naranjas?—
preguntan en Sevilla.

Mespilus.

Mis dichas mirando huir,
vivo en sombra y lobreguez,
y cerca ya del morir
vengo al mundo á desmentir
que es amarga la vejez.

Juglans.

Luces y brillo el deslustrado tronco
merced á nuestro jugo dócil cobra,
ornato yendo á ser de ricas cámaras
lo que en el bosque fuera inútil pompa.

A la fuerza ingeridas ó de grado,
perfumadas de exóticos aromas,
al héroe presuntuoso de la Páscua
nuestra sustancia vil más grato torna.

En las cóncavas valvas encerradas
y envueltas luego en la amarrada lona
armamos tal estrépito que dicen
que siempre es más el ruido que nosotras.

Vitis.

Es muerte y vida mi anhelado jugo:
dá fuerzas y vigor; los quita y mata;
es veneno que pierde y que condena;
es la sangre de un Dios que cura y salva.

Corylus.

No así, niña, sonriendo
vayas con alegre estruendo,
sin distinguir de colores,
á justos y á pecadores
tus *perdones* ofreciendo.

Deja á Dios el perdonar,
aldeana primorosa,
que dan luego en murmurar
que te pasas de piadosa
con los reos del lugar.



A LAS QUE LEAN.

(EN UN ÁLBUM DE HOMBRE.)

Venid á mí, yo canto los amores,

. . . .

Zorrilla.

Las que venís sobre las blancas páginas
como quien vá de tiendas por la calle,
esperando al pasar de los que pasan
requiebros y donaires;

las que por estos valles vais ansiosas
en busca de armonías y cantares,
de flor en flor saltando, la más bella
para escoger y suave:

huid la oscura lengua de esas hojas
dó vierten su saber los hombres graves,
y atrás se queden solas y olvidadas
como bosque infranqueable.

Del erudito libro peregrinas
sin rumbo vais entre sus hondas frases:
venid, yo os pintaré sobre esta página
más humilde paisaje.

Venid á mí, que á vuestros piés de hinojos
por verlos, niñas, os espero amante;
á mí que nunca supe sino amaros,
ingratas ó constantes.

Yo daré á vuestra frente fatigada
brisas que la refresquen y levanten,
como esas que al reir del nuevo día
recorren vuestros valles.

Yo daré á vuestro oido en ancha copia
gratos rumores, plácidos cantares,
como esos con que triste y soñolienta
os arrulla la tarde.

Mas... detener no quiero vuestra planta
sinó el espacio justo á que descanse,
¡sediento de la lumbre de esos ojos
tal vez un ciego aguarde!

Al amor de mis versos, oh lectoras,
el leve pié posad un sólo instante,

y perdonada apenas mi osadía
proseguid vuestro viaje.
—Cuando anhelante de reposo y sombra
la seca frente el peregrino abate
¿quién por humilde deja el primer árbol
que al encuentro le sale?—



AÑO NUEVO.

(Á AMALIA.)

Hoy se nos despide el año,
y, al verle con la maleta,
por vez primera en mi vida
le despido con tristeza.

No hará mucho (¿qué hará? un año)
que no veía yo en esta
noche sino que era un sábado
de los que llaman de pega;

que habría en la mesa pavo
y que mañana era fiesta
y que saldría la gente
y que ojalá no lloviera,

Mas ¡ay! desde hace algún tiempo
ya voy cayendo en la cuenta
de que la voluble moda
todo lo cambia y trastrueca,

y que, á par que los gabanes
menguan hasta ser chaquetas,
van siendo también más cortos
los años que ahora se llevan.

¡Año nuevo! Dulce frase
para el que en años lo sea
y en el festín de la vida
aun ande buscando mesa.

¡Cuántas dichas nos promete
mirado así desde fuera!
¡qué largo es el año nuevo
contado en la noche vieja!

—Así, sin cambiarle, un duro
nos parece una riqueza,
y, convertido más tarde
en diferentes monedas,

como si fuesen crisálidas
que en mariposas se truecan,

con alas nacen al mundo
aquellas cinco pesetas.—

¿En qué he gastado yo el año
que despido con tristeza?
¿dónde están los intereses
del valor que representa?...

Quien realidades no tiene
de ilusiones se alimenta
y yo, para alimentarme;
me las comí todas ellas:

que del huevo nace el pollo,
pero ¡ay! el hambre es muy terca;
y quien le tiene y tiene hambre
se come el huevo y no espera...

Pero esto á V. no le importa:
lo que quiero es que usted sepa
que quiero que sepa el mundo
que usté es una amiga buena;

y que por serlo, y ser raro
y andar tan cara la tela
yo quiero lucir mi traje
y decir dónde es la tienda.

y pues son momentos estos
en que afectos se renuevan,
y se sellan amistades,
y se saluda y se obsequia,

yo quiero felicitarla,
y en defecto de otra prueba
dársela de leal afecto
en estas coplas envuelta.

Nunca supe á quien estimo
dar en blanco una tarjeta,
ni llega al valor de un pavo
lo que á mi bolsillo llega.

Esto es un término medio
y hay gustos y hay diferencias
y hay quien prefiere las coplas
y quien el pavo prefiera.

Por lo demás, no hay peligro
en que el romance se lea,
ni usted pierde nada en ello,
ni es mi ganancia pequeña;

que el valer usted muchísimo
y el no ser yo *quien* para ella

ha de librarnos, Amalia,
de que nos casen las lenguas.

¡Dichosos los que al colarse
de rondón el año que entra,
y tender la vista al otro,
y no salirles la cuenta,

aun cuentan para abrigarse
de las tormentas que vengan
con más hogares que el suyo
y más puertos que su puerta.

Que si es verdad, y muy alta,
que en el propio hogar se encuentra
lo que solo ha de buscarse
allí, cuando el viento arrecia

tambien corre en él á ratos
aire de hastío y tristeza
que nunca hay en el ageno
para el que viene de fuera.

Yo que en el de usted he hallado
cura á más de una tristeza
y á más de un pesar alivio
y á más de un defecto enmienda,

hacerlo constar deseo
en estas páginas sueltas
que han de valer por lo poco
para devanar madejas.

. . . .

¡Felices entradas de año!
mas entrar, entra cualquiera:
feliz salida!... !ay, Amalia,
que el salir es lo que cuesta!



Á UNA,

QUE SE REÍA DE MÍ CUANDO PASABA.

Mi paciencia es inaudita,
mas ya no pasa de aquí,
que tanta burla me irrita:
va usté á decir, señorita,
porqué se ríe de mí.

¿Tengo la cara tan rara
que no se pueda mirar
sin mover esa algazara?
Pues yo no encuentro en mi cara
nada de particular.

Sé que, por colmo de males,
soy feo de todos modos;

mas no para risas tales:
ya ve usted, hija, que todos
no podemos ser iguales.

Hacerme así á Dios le plugo:
¿Que estoy flaco? Bien, y ¿qué?
pues si conquistan su fé
esas caras de besugo,
buen provecho le haga á usté.

El ser flaco es distinguido,
y en todas partes ha sido
señal de ingenio y talento,
desde los tiempos de Dido
hasta el presente momento.

Y no piense usted que saco
cosas que el mundo olvidó
ni que mi mente forjó:
ya vé usted, Horacio *Flaco*
era más flaco que yo.

En la Historia puede verlo,
y allí encontrará al leerlo,
si de averiguarlo trata,
que nunca dejó de serlo
hasta que estiró la pata.

Y, en fin, á sus risas cedo:
mas con lo que yo no puedo
es con la manía de
señalarme con el dedo
á las que van con usté;

pues causa tales efectos
ese reir descarado
que la que no se ha fijado
ahora repara en defectos
en que nunca ha reparado.

¿Anduve yo hecho un bolonio
implorando su piedad?
¿La pido á usté en matrimonio?
Pues entónces ¿qué demonio
le importa á usted mi fealdad?

Si no le inspiro interés,
ninguno en esta cuestión
le pide á usted su opinión;
sin contar con que eso es
de muy mala educación.

No todas son de su gusto,
y si á usted le doy disgusto
por no tener más que el hueso,

á otra le causaba susto
una vez que estuve grueso.

¿Cómo buscar la armonía
de gustos tan desiguales?
Esa, á quien me refería,
que la gustaban, decía,
los hombres *espirituales*.

Yo al saberlo, claro está,
dí en enflaquecer sin tino:
pues aun contenta no está,
y más espíritu ya...
ni el espíritu de vino.

Con que abur: hermoso ó feo
si se ocupa usted de mí
la mando á usted á paseo...
bien que no, porque ya veo
que nunca sale de allí.

No pienso hablarle de amor
ni andar haciéndole el oso;
conque ¡que siga ese humor!
y si soy feo, mejor...
para eso no soy gracioso!



Á UN SOMBRERO VIEJO.

Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos
En este mundo traidor;
Que aun primero que muramos
Las perdemos.
Jorge Manrique.

Adios, pues; el trance es fiero;
no es que tú fé lo merezca:
fuiste mi amigo sincero...
pero ya no eres sombrero,
ni cosa que lo parezca.

Marchitáronte tus galas
pesares y desengaños,
y, aunque ni una queja exhalas,
mustias se abaten tus alas
al peso vil de los años.

Tu cansancio y tu dolor
muestras en llanto y sudor

por ala, badana y cinta...
si al menos sudaras tinta,
que no alterara el color!...

¿Qué se hicieron tus primores?
¿qué fué de tu pompa vana,
y el forro de mil colores,
y aquel corcho con labores
en la labrada badana?

Flamante y limpio y lustroso,
lograste algún día ser
el sombrero más gracioso,
más elegante y airoso
que se lució en Santander.

¡Con qué infantil alegría
tornaba otra vez y cien
ante el espejo aquel dia!
¡nos iba á los dos también
aquella coquetería!..

Hoy ya, deformado y viejo,
tan sólo burlas me traes:
del cristal no me aconsejo,
y te pongo sin espejo,
y te dejo como caes.

Mas te debo mil favores;
y nunca podré olvidar
que fuimos, cuando señores,
los dos amigos mejores
que se pudieron hallar.

Tú conmigo has visitado
del mal y del bien los polos....
¡ante cuántos te has bajado
á quienes yo hubiera dado
un tiro, á encontrarlos solos!

Y al fin, tu amor y desvelo
pagaste como un delito,
¡con qué inacabable duelo
recuerdo el dia maldito
que rodaste por el suelo!

cuando, alzando sn bastón
aquel bruto ¡qué vileza!
te dió el horrible *achuchón*...
Ya desde aquella ocasión
no levantaste cabeza.

—Tu historia es la historia misma
del que ejerce el bien aquí:
evitando en aquel cisma

que me rompieran la crisma,
te descrismaron á tí.—

Te mandé á la enfermería,
y del cauterio al calor
cedió, al fin, tu *flegmasía*;
pero ¡ay! al siguiente dia
estabas mucho peor.

Y así tu triste carrera
seguiste, mústio y lloroso:
aquella *vena* primera
ya no era vena, porque era
todo un *sistema venoso*.

Te conservé, sin embargo:
y aun sobre mí hubieras ido
por tiempo mucho más largo;
mas tienes que hacerte cargo
del estado á que has venido.

Y aunque el alma me destroce,
y aunque me juzgues cruel,
mi adios te doy, prenda fiel,
porque ya no te conoce
ni el mismísimo *Bonell!*....

Mas del hado los rigores
nunca me harán olvidar
que fuimos, cuando señores,
los dos amigos mejores
que se pudieran hallar.

. . . .

Al verme el otro sombrero,
ayer me asaltó el portero
pidiendo que te entregara;
—Jamás!—le dije ligero.
—Primero le destrozára.—

¿Qué hicieras tú, prenda amable,
puesta sobre tal sujeto?
Eres, vieja y miserable,
una ruina venerable
que yo guardo con respeto.

Y pues son tus glorias tales,
sobre mí quiero que exhales
el alma en postrera prueba,
que, aunque vales poco, aun vales
para los dias que llueva.



CARTA ROMANCE

A UNA TERTULIA MADRILEÑA.

(Leida en ella por una señorita)
Abril 1885.

A la escasa luz que envía
triste y enlutado el cielo,
mientras suena en mis cristales
el ruido del aguacero,

y van en el horizonte
borrándose los objetos,
de la tarde melancólica
al apagarse el reflejo,

y en mi ventana estrellándose
gime sin cesar el viento,
ya llorando temeroso,
ya colérico rugiendo,

cual si de lejana queja,
que por vergüenza ó por miedo
calló alguno largos dias,
fuera su voz mensajero:

en pago de antigua deuda
esta carta os enjareto;
que del día que la engendra
sacará lo oscuro y yerto.

Nublados al par y mudos
la fantasía y el cielo,
¿dónde encontrar esplendores
para mis humildes versos?

Por eso aunque busco ansioso,
registrando mis recuerdos,
el de las horas mejores
y semblante más risueño,

á este ambiente de tristeza
sustraerme en vano quiero,
cual si una mano invisible
la mía fuera moviendo.

Hay primaveras así,
y es desatinado empeño

pedirles flores y galas
aun de su nombre á despecho.

Y, lo mismo que esos años
en que es todo el año invierno,
almas hay en cuyo mundo
jamás luce azul el cielo;

y así llegan á su Mayo
sin que en su estéril terreno
brote una flor que no sea
ráudo despojo del cierzo...

Mas, aunque á tales ideas
mueva y predisponga el tiempo,
no es bien que vaya mi pluma
con ellas á entristeceros:

y así, mí yerro enmendando
y el rumbo antiguo torciendo,
ya que no como poeta,
veré de cumplir cual bueno.

. . . .

Por la lluvia humedecidos
os lleguen quizá estos pliegos

y de *papeles mojados*
tacharéis mis toscos versos:

mas yo sé que sois piadosas
y que, en vez de escarnecerlos,
al hogar de vuestros ojos
los pondréis á secar luego.

—Quizá cuantas esto escuchan
más de una vez habrán hecho
con otro papel mojado
lo que para el mio ruego:

¿quién no recibió una carta
bañada en llanto de fuego,
lluvia que sólo se enjuga
al sol de unos ojos negros?

(O azules... tuvo la culpa
el asonante indiscreto:
tal vez, siendo *cielo* todos,
son los azules más cielo.)—

Mas voy ensartando páginas
sin estar aún muy cierto
de que sepáis á tal hora
quién os escribe todo esto,

Para aquellas de vosotras
que ya en el pasado invierno
esas salas alegrabais
con vuestras gracias é ingenio,

diré que soy aquel *vate*
(perdóneme el mote el cielo)
que os cantaba en malas coplas
desdichas de su *sombrero*

¿Os acordáis?.. De seguro;
hay dos especies de versos
que no se olvidan jamás:
los muy malos y los buenos.

—Aunque ya veréis ahora
cuanto se equivoca en esto
el que más lince se juzgue
y aprecie mejor el mérito;

pues sé, como si lo viera,
que en este mismo momento
estáis por bueno tomando
este romance famélico,

sin maliciaros acaso
que esas galas y gracejo

con que llega á vuestro oido
ataviado y peripuesto,

no los tomó de la pluma
que torpe le fué escribiendo
ni los llevaba cuando iba
bajo el ancho sobre envuelto:

mas ¿qué adocenada frase,
ni cual gastado concepto,
después de andar esos labios
llegarán á parecerlo?

A las que no me conozcan
que les hagan mi diseño
las que de mí continente
conserven algún recuerdo.

De dos rasgos se me traza:
soy entre feo y... más feo;
flaco que ya es avaricia,
pero, en cambio, nada esbelto.

Llevo las prendas con aire,
y á veces hasta con viento,
como que depende sólo
de lo que sople en paseo.

No sé cual será mi ciencia,
mas que soy un libro es cierto,
pues dicen que cuando marcho
casi me *desencuaderno:*

aunque esto nada me aflige
ni juzgo el peligro serio,
pues que de él ha de librarme
la *buena pasta* que tengo.

Soy hombre, además, muy raro:
con decir que en ese centro
de animación y bullicio
yo me aburro y me entristezco...

Y no es que niegue á la corte
sus indiscutibles méritos:
es que me doy á mi propio
mis mayúsculos defectos.

Yo encuentro amable lo solo,
y lo animado, desierto,
lo muy alegre, aburrido,
y lo algo triste, risueño.

Por eso en Madrid me canso;
aunque á la par os confieso

que por gustar los oásis
se puede andar el desierto;

que algo existe inapreciable
en ese Madrid soberbio
para quién gustó ambicioso
sus placeres y recreos.

Y es el reducido espacio
en que á escuchar estos versos
os congregáis satisfechas,
vuestras cabezas uniendo

cual las apiñadas flores
en la rama del almendro,
flores de que es mariposa
mi errabundo pensamiento;

y como ese, mil espacios
donde en honestos recreos
y en honradas alegrías
vuela sin pesar el tiempo.

Es el hogar y su encanto,
el hogar, seguro puerto,
mas no en cárcel convertido
sino en abrigo y consuelo:

no silencioso y oscuro,
sino al sol y al aire abierto,
de alegres voces poblado,
con pocos amigos lleno:

donde nadie va movido
de la vanidad ó el medro,
ni es el unirse y juntarse
ceremonia ó plan dispuesto...

Por eso, aunque está en su patria
y es esta patria su centro,
marcha siempre hácia vosotras
codicioso el pensamiento;

y por encima saltando
de mis montes y mis cerros
á colgar vuela su nido
en esos muros de nuevo.

. . . .

Perdonad, pues, al poeta
que con sus roncos acentos
quizá á sofocar ha ido
del canto los dulces ecos,

ó del animado baile
suspendió los gratos juegos,
y os interrumpió un instante
de la velada el contento.

Perdonadle y recordadle,
que cuando al cabo de tiempo
asome la primavera
rompiendo nieblas y hielos,

á lo alto de sus montañas,
al volar el primer céfiro,
él irá á buscar ansioso
vuestro amoroso recuerdo.



EN UN ABANICO:

Cuando lean esta firma
y digan:—no le conozco—
tú dirás:—es un amigo...
—¡Mentira, que soy su novio!



A MÍ, EN MIS DIAS.

(8 DE DICIEMBRE.)

Por si nadie te los diera,
(que ni esto se estila dar)
y, por si lo hiciere alguno,
para no quedarme atrás,

á celebrar voy tus días
en un romance galán
que, queriendo ser de Góngora,
en de ciego quedará.

—Aunque es razón de gran peso
que nunca habremos de hallar,
yo, más piadosos oidos,
tú, amigo que te ame más.—

Aunque parezca mentira
¡ay! es la pura verdad:
veinticuatro años hace hoy
que estamos aquí demás.

Y esto viene á recordarme
que, por hacer todo mal,
naciste ya equivocado,
como ahora mismo verás.

Dia de la Concepción
viene la Iglesia en llamar
al dia en que tú naciste,
metiendo la pata ya:

pues ¡*concho*! ¿á quién se le ocurre
nacer en un dia tal,
quitando á una linda Concha
ese puesto en el hogar?

—Aun me acuerdo del tonillo
impertinente y audaz
con que una señora, de esas
que solo á las casas van

á tomar el chocolate
y el pelo á quien se lo dá,

dijo aquel dia: «¡Es un niño!...
¡Jesús, qué *lastimidad!*»—

Sin duda tenías prisa
de ver lo que pasa acá,
y esperarte no pudiste
ni siquiera un dia más!...

¡Quién te dijera, infeliz,
que á los pocos pasos ya
sintieras á veces pri sa
por dejarlo de mirar!

En fin, una vez aquí
no cabe volverse atrás,
y, á despecho de quien fuere,
te tuviste que quedar.

Aunque con mal pié te entraste,
tú andando sigues; mas ¡ay!
siempre se te ha conocido
que entraste con un pié mal.

Así es que, si he de ser franco,
solo por el qué dirán
á felicitarte llego
en aniversario tal,

pues vas llegando á esos años
en que, del uso á pesar,
empieza á sonar á pésame
toda esta felicidad.

Ningún presente te mando:
bien te quisiera yo dar
en día tan señalado
muestra de mi amor leal;

pero tú, mi caro amigo,
eres médico, y sabrás
que es la anemia del bolsillo
muy rebelde enfermedad.

Ni aun te mando mi tarjeta,
porque es una necedad:
son iguales que las tuyas
y son caras además.

Pero, en cambio, ahí te envío,
á falta de pavo ó flan,
cuatro consejos prudentes
que nunca estarán de más.

No los juzgo inoportunos,
pues vas en otro año á entrar,

y el que mal empieza... etcétera,
ya conoces el refrán.

—Habla poco, estudia mucho,
piensa menos, anda más,
y escucha y calla, que á nadie
se le indigestó el callar.

Cree siempre lo que te digan,
que, aunque mucho la errarás,
más que un millón de mentiras
vale al cabo una verdad,

y como no se distinguen,
pues hoy las visten igual,
si has de conseguir alguna
así la habrás de alcanzar.

Si á referirte un apuro
alguien á tu casa vá,
ten siempre pronta la mano,
siempre... para saludar:

pues es fácil que si llegas
á verte tú en otro igual
te halles, al buscar un nombre,
con tu tarjeta no más,

Cuando de álguien necesites
es cuando no has de buscar
á nadie: calcula tú
que harán por tí los demás,

cuando yo, constituido
en tu amigo y tu guardián,
solo acierto á darte penas
queriéndote gustos dar.

Cuando á comer te conviden
tú dí siempre: «voy allá»:
eso de excusarse es hoy
de muy mala sociedad.

Come siempre á dos carrillos:
de lo contrario creerán,
en perjuicio de tu fama,
que no acostumbras á usar

más que uno; y si piden versos
diles versos al final
cuantos más digas, mejor,
que es *salú*, como el sangrar

por las narices, y así
esos de menos tendrás

con que aburrir á las gentes
que no te hacen ningún mal.

Con los amigos, mucho ojo:
ten un cuidado especial
con los que te ensalcen siempre
su inquebrantable amistad.

Son como esos sospechosos
que se ván á presentar
una vez á la semana
al capitán general.

Eso es que los tunos temen
que dudes de su lealtad,
y cuando ellos temen, cata
que razón para ello habrá.

En donde menos se piensa
salta, Enrique, un alemán,
y eso de las Carolinas
es lección muy ejemplar:

Carolina ó Anastasia,
todo es para el caso igual....
¡nada de alabar la novia
delante de los demás!

Respecto de las mujeres
nunca te vuelvas atrás
de lo que piensas, que lo otro
es una vulgaridad.

Repara que los que tratan
á las mujeres tan mal
y dicen que valen menos
que cualquier hijo de Adán,

son siempre unos adoquines
que en su gremio natural
han sido dados de baja
y se quieren desahogar.

Es un insulto cobarde
que aunque hácia las hembras vá
vá dirigido á los hombres
que las tenemos en más.

No te importe que tu efigie
jamás figure en su altar;
aun así son adorables,
calcula lo que valdrán.

También habré de advertirte
sobre alguna cualidad

de las que tú juzgas mérito
y son falta garrafal.

Eres algo presumido,
eres bastante quizás,
pero eso no es falta, es sobra
que nunca te ha de sobrar.

¡Infeliz de tí si un día
se te antoja reparar
en lo que vales, y te entra
de la modestia el afán!

Lo más que debes hacer,
caso de necesidad,
es hacerte una modestia,
como quien se hace un gabán:

una prenda que te abrigue
y que la puedas usar
cuando á tí te dé la gana,
y te haga falta, y no más.

Lo que si es defecto, y grande,
es esa prisa fatal
de realizar cuantos sueños
bailando en tu mente están.

Hay que corregirse en esto:
mira que así vás muy mal,
que esa prisa de vivir
es prisa de terminar;

y, como dijo un poeta,
«de este camino fatal
lo mejor es no ser largo»,
Conque acorta el paso ya,

que cuanto menos realices
más te queda que esperar,
y en la esperanza de serlo
está el ser feliz acá.

—Es lo del gitano aquel
que solía cabalgar
montado cerca del rabo,
y que, obligado á explicar

porqué, decia: «Compare,
poique cuanto maz atrá
má burro veo delante
y ze me feura máz»....—

Con que á comer y á vivir:
fuera esa cara de agraz

y esa *ruinera* del diablo
que consumiéndote está.

Y levanta ese hombro izquierdo:
siempre parece que vás
navegando de bolina
como un buque en tempestad.

Alégrate y mira al cielo,
y, pues tan sereno está,
toma de él para alumbrarte
sus fulgores y su paz.

Repara cómo del año
en la más ingrata edad,
y entre hielos y tinieblas
y ventiscas y huracán,

Dios sabe tender magnífico,
esta fiesta para honrar,
sobre un aire tibio y blando
un cielo primaveral.

Como el sol borra esas nubes
las tuyas disipará,
¿por cuál angosta rendija
no cabe su claridad?

Piensa que el mundo está así,
que tú á arreglarle no vás,
que al que se muere le entierran
allá en la *Virgen del Mar*,

y como es sitio muy triste
y sitio en que no se dá
ni un triste *concierto-baile*,
nadie se vuelve á acordar.

. . . . , .

Martes, ocho de Diciembre
del año de tantos... Ah!
me quedo á comer contigo:
perdona la libertad....



DE TIENDAS.

—Señora Doña Tadea...
—Muy buenos dias, Gaspar.
—Usted dirá que desea...
¿Ya vino usted de la aldea?
Hoy nos vamos á arreglar.

Digo, á las muestras me atengo;
ya verá si le convengo
y, pues que en esto de modas
es usted quien manda en todas,
vá usté á ver que cosas tengo.

¡Mal tiempo! ¡Qué pesadilla!
Pues antes he oido hablar
de que está igual en Castilla...
Pero tome usté una silla,
que se va usted á cansar....

—Gracias sí, me sentaré,
porque he corrido....no sé,
¡tanta amiga!...¡ay, Dios qué vida!
—Es usted tan distinguida....
—¡Ay, qué pícaro es usté!

¿Tendrían de ese rasete
de moda?.—!No he de tener!
—Enseñeme usted á ver...
—Voy á traerla el paquete
que recibimos ayer.

. . . .

—Me parece muy delgado,
—¿Delgado? Por Dios, señora
fíjese usted, si es cruzado...
Anoche mismo han llevado
una pieza las de Mora.

—Y ¿á cómo viene á salir?
Por supuesto, sin mentir.
—Ni que fuera algún exceso!
Ya sabe usted que por eso
no hemos nunca de reñir.

(Sale á la puerta, lo mira

con ojo escudriñador,
lo encoje luego, lo estira,
lo huele, y por fin, lo tira
encima del mostrador.)

—En lo que hay el gran surtido
es en géneros de lana:
hace un mes que está pedido,
pero estuvo detenido
en Hendaya una semana....

—Muy caras no pueden ser.
—Pues á quince.—Se conoce
que no las quiere vender.
—Tiene usted que comprender
que á mí me salen á doce.

—No valen de nada. —¿Qué?
Si son magníficas. ¡Vaya!
Género inglés, bien se vé...
—¿Inglés? ¿Pues no dijo usté
que venían por Hendaya?

Vamos, usté está en Belén...
Luégo he de ver ese gró....
Y ¿tienen felpas?—También,
pero hay que ir al almacén....
(¡Qué felpa te daba yo!)

—Nó, no merece la pena.
—Mejor es que usted escoja...
—Y ¿esa alpaca?— (Qué faena!)
Eso es una cosa buena.
—Mas con el agua...—Se moja:

en todo sucede así....
Conque su mandato espero.
—Para usted estaba, sí:
no vuelvo á venir aquí
porque es usted más *carero*...

Y con unas telas raras...
—Vamos ¿pongo las lanillas?
—No, hijo, que son muy caras.
Póngame usted...cuatro varas
de ese lienzo de rodillas.

Yo mandaré á la criada...
¡Si le digo á usted, Gaspar,
que con esa condenada
de chica, no basta nada!
Conque hasta luego...—*Mandar*...



A UN GABÁN RUSO.

De luengos pliegues, de imposible vuelo,
desde que al alto cuello se colgaba
ya, derrochando tela, no paraba
hasta enlodar sus paños en el suelo.

Todo era azul entonces, todo cielo:
y él en su urdimbre espesa remedaba
color de que mi espíritu se ornaba
de su primer amor al blando anhelo...

La moda y la pasión tienen su día,
y al fin os dieron á los dos de baja:
mas ¡cuán distinta suerte os dirigía!

De tí me hice un gabán de esos sin *faja*,
y del amor que entonces me vivía
por poco me hacen ¡ay! una mortaja.



A MI FUTURA MUJER.

Y ¿cómo vas á ser, rubia ó morena?
¿Dejaste ya sobre la patria arena
la leve huella de tus piés de diosa,
ó suspira aun mi mar con honda pena
por reflejar en su extensión serena
los dulces trazos de tu faz de rosa?

¿Te he seguido algún día por las calles
de mi ciudad querida?
¿Pisé contigo los nativos valles?
En mi oscura ribera entristecida
¿seguí, cautivo de tu airoso porte,
los giros de tu falda?
Ó ¿te dejé á mi espalda
en el revuelto infierno de la corte?

¿Ya en tu hermosura el corazón se abrasa
y en tus amores arde,
ó no te he visto aún? ¿Fuiste á mi casa
á tomar chocolate alguna tarde,
ó allí no te conocen? ¿Te he cogido,
al pasar por tu lado,
la sombrilla ó el libro, que al descuido
dejaste tú caer, con gran cuidado?...

¿Cómo tienes los ojos? ¿Brilla en ellos
la esplendorosa luz del mediodía
refulgente y serena,
ó, sin ser menos bellos,
con sombras de gentil melancolía
te los enluta misteriosa pena?

Yo te advierto que en todos
encuentro, siendo hermosos, dulce encanto;

y, pues versos te haré de todos modos
para cantar mis dulces alegrías,
todo es variar el canto,
y hacerte, en gratas horas placenteras,
si me los traes azules, peteneras,
y si negros, nocturnos y elegías.

¿Cómo andas de primores?
¿Sabes tocar el piano? Es lo probable.
¿Bordas pañuelos y remedas flores?
Todo sirve de mérito en tu abono.
¿Cantas también un poco? Bueno es eso
si lo sabes hacer, mas si no sabes...
En fin ¿qué hemos de hacerle? Te perdon
que otros crímenes hay mucho más graves.
Por lo demás, te advierto
que aunque no pintes platos, no te culpo,
y aunque á caballo montes, te disculpo.
Cuanto á la ortografía,
ya sé que tengo que pasar por todo,
y que es tan vuestra y tan común la falta
que, de no perdonarla, no habrá modo
de ingresar en la grave cofradía.

Otra duda me asalta.
¿Te casarás conmigo por casarte,
cansada ya y rendida

de esperar mejor suerte y mejor mozo,
ó aceptarás con gozo
mi mano, decidida
á preferir á una gentil figura
otra clase de dones verdaderos...
que tampoco has de hallar, oh vírgen pura,
pues no hay tales carneros?

En fin, de cualquier modo,
yo al mandato del cielo me someto,
y nada exijo y aun me avengo á todo.
Prisa no tengo de mirar tu cara:
mas desde aquí mi ingenuidad declara
que habré de ser casado;
pues ya tengo observado
cuánto viven mejor que los solteros
esa otra multitud de caballeros;
cuánto más respetados de la gente,
y lo gordos que están y vanidosos;
lo bién que con su suerte se conforman,
y cómo se les hace prontamente
de todas las diversas asambleas
que en el pueblo se forman:
y salen diputados,
presidentes de juntas, asociados,
vocales, senadores,
secretarios también y regidores,

Sentado, pues—aunque sin prisa alguna,
como ya me parece que he advertido—,
aquí te espero en mi cabaña abierta,
oh tú, quien quiera á quien la vil fortuna
traiga á pasar por tan humilde puerta.
Al trance decidido,
como quiera que fueres, yo te espero;
que no quiero decir cómo te quiero,
por no tener mañana
que avergonzarme ante la turba vana,
cuando á ajustar no acierte
el gusto antiguo con la nueva suerte.





INDICE.

Páginas.

Páginas.

ADVERTENCIA.

En la composición titulada «*Elogio de los libros de Juan García*», página 53, se ha cometido un error de caja consistenre en trocar los títulos de los dos pimeros sonetos.

